

»Para el costo del desagüe mandó el Virrey se tasaran las posesiones y mercancías que había en la ciudad, tanto de seculares como de eclesiásticos, é importaron (año de 1608) 20.277.555 pesos (101.387.775 pesetas).

»Ya comenzada la obra, D. Luis de Velasco, por consejo de los mejores maestros, ordenó que desde el puente de Huehuetoca ó río Salado para arriba, hasta la laguna de Cotlaltepec, corriera el agua por un cauce de 1.900 varas, y desde el mismo puente para

chas y preciosas noticias de astronomía, geografía é historia natural de aquel reino. Escribió de agricultura, jardinería y cría de ganados, y un libro en materia de fisonomía de rostros, para que pudieran á su tiempo conocer los padres la complexión é inclinaciones de los hijos, y darlos oficios y estado convenientes.

»Hizo treinta y dos mapas de la costa del Sur, con sus cabos, ensenadas y puertos. A él acudió el Virrey y á maese Alonso Arias juntamente, hombre de cuarenta y ocho años, armero mayor de S. M., matemático hidráulico, constructor de los reparos dispuestos en 1604, y muy pagado de sí propio. Fueron satisfactorios los dictámenes de Enrico y de Arias, infinitos los reconocimientos, favorables las consultas, aceptada la reforma del proyecto primitivo hecho por Enrico Martín (que redujo la extensión del canal á 7.000 varas de tajo abierto y 88.000 de socavón, en la creencia de que horadados los montes, llevaría desde allí por cauce natural las aguas del río Tula el mismo declive del terreno); y á 23 de Octubre de 1607 resolvió la Sala de Acuerdo de la Real Audiencia, que inmediata y simultáneamente se acometieran las obras.»

abajo por un socavón con lumbreras de distancia en distancia, pero que se tuviera cuidado de que ambos canales llevaran cinco varas de anchura y cuatro de profundidad.

»Trabajaron en esta grande obra, desde 28 de Diciembre dicho hasta Mayo del siguiente de 1608, jornaleros 471.674, y se emplearon en prepararles la comida 1.674 personas (1). El gasto subió á 73.611 pesos gruesos, pero tuvo el Virrey con el Arzobispo la satisfacción de ver correr el agua hasta principios del conducto subterráneo á las faldas de No-chistongo.

»El Ayuntamiento, entretanto, previendo que el dinero que se había juntado para aquella obra no bastaría, se lo participó al Virrey,

(1) Debe haber equivocación en la cifra de los jornaleros; la que da D. Luis Fernández Guerra parece la verdadera. «El canal arrancaba al NO. de la laguna de Zumpango, y en abrirla se emplearon desde 28 de Noviembre de 1607 á 7 de Mayo de 1608, nada menos que 40.818 indios, incluidos 1.664 mujeres cocineras.» Advertiré yo, sin embargo, que habiendo más de una partida de esta clase, todos pueden tener razón.

Murmurándose en 1608 sobre fallecimientos de operarios, se hizo información, resultando que de 60.000 indios que habían entrado á trabajar, los muertos de enfermedad fueron diez ó doce, y otros diez los que perecieron por casos fortuitos en los tajos, lumbreras y socavones. Dió lugar á esta murmuración el haber fallecido durante las obras cincuenta indios naturales en el pueblo más inmediato.

que impuso á cada pipa de vino que entrara á la ciudad cincuenta pesos (ó sean 250 pesetas) de recargo.

»Los informes que en 1613 dieron acerca del desagüe á Felipe III el Virrey y el Ayuntamiento de Méjico, lo consternaron profundamente. Determinó, con todo, que se enviaran al Consejo de Indias cuantos planos y papeles había acerca de la obra, y vista la inutilidad del desagüe por impericia de Enrico, se dió el encargo de ella á Adriano Boot, francés bien reputado en esta clase de trabajos, con facultades ilimitadas (1).» Abreviaré.

Llegó á Méjico el nuevo director de la obra á principios de 1614; visitó en compañía de un oidor las lagunas, vió la obra que se llevaba hecha, y si no la dió toda por inútil, la dió en su mayor parte. Con tal parecer facultativo paró el trabajo del desagüe. Meditó el francés y no hizo absolutamente nada sino hurtarse á la obra y tomar el camino de España, diciendo que iba á informar verbalmente al Rey de lo que ocurría.

Consta que no se sabe quién propuso al Virrey, Marqués de Guadalcázar, hacer varios reparos alrededor de la ciudad para im-

(1) El nombramiento de Boot lo hizo S. M. en Aranjuez á 1.º de Junio de 1613.

pedir las inundaciones, pidiendo sólo pesos 186.000, partido al que el Virrey se inclinaba. Pero á esto se opuso la ciudad, trayéndole á la memoria la inutilidad de aquellas obras, como la experiencia lo había demostrado, con lo cual desistió el Virrey, y se volvió á meditar en dar algún arbitrio para el desagüe de las lagunas. En estas cosas se gastó la mayor parte del año; al fin Virrey y Ayuntamiento convinieron en llamar otra vez al maestro Martín, y preguntado del gasto que haría hasta concluir la obra, respondió que le bastarían 110.000 pesos gruesos.

No quiso Guadalcázar sobre sí responsabilidad alguna, y consultó al Consejo de Indias, el cual respondió á nombre del Rey que continuara la obra con sólo el gasto dicho.

En 1620 se acabaron los arcos que conducen el agua á Méjico, obra que cedió en gloria de aquel Ayuntamiento y del Marqués de Guadalcázar, y que constando de 900 arcos de á ocho varas cada uno, de alto seis, de grueso vara y tres cuartas, costaron más de 150.000 pesos; de éstos 125.000 tomó la ciudad á rédito y pagaba al fin del siglo pasado interés á los nietos de Baltasar Rodríguez Ríos.

El agua que conducen estos arcos nace

en Santafé, dos leguas de Méjico, y viene á Chapultepec por atarjea, en cuyo bosque comienzan los arcos y entra por la calle de Tacuba, proveyendo á media ciudad; la otra [media] queda bien abastecida con el agua que nace en el mismo pueblo de Chapultepec, que entrando por atarjea en el salto, se reparte.

«El año de 1623 estaba suspendida la obra del desagüe por voluntad del Virrey Marqués de Gálvez, el cual, encaprichado con que era inútil, mandó para hacerlo ver que se rompiera el dique que impedía á las aguas del río Acalhuacan juntarse con las de las lagunas.» Cara fué la prueba para Méjico, pues sufrió la inundación correspondiente.

»Procuró restaurar los desperfectos del dique el Marqués de Cerralbo, Virrey, y añadió nuevos reparos, pero no continuaba la obra del desagüe. Hacíale el Ayuntamiento repetidas instancias para ello, á lo que él condescendió ó por verse libre de la importunación, ó porque lo creyera necesario.

»Ya se preparaba todo para continuar la obra, cuando el día de San Mateo, el río de Acalhuacan, roto el dique que lo contenía, se precipitó en las lagunas y éstas en Méjico, con tal furia, que se elevó el agua en la ciudad hasta dos varas de altura. No cesa-

ban las lluvias y Méjico se tuvo por destruída.

»Los estragos fueron tan grandes que el Arzobispo D. Francisco Manso de Zúñiga, escribiendo á Felipe IV, le decía que habían perecido treinta mil naturales (indios y mestizos) ya ahogados, ya debajo de las ruinas; que de veinte mil familias españolas [criollas y españolas netas] que allí estaban vecindadas, apenas quedaban cuatrocientas.

»Muchas de éstas, temerosas de mayores males, escaparon á otras partes, viniendo de aquí el gran aumento de gente de la Puebla de los Ángeles.

»En este intermedio nadie podía salir de su casa sino en canoa; las Misas se celebraban en las azoteas y balcones, y aun se trató seriamente de abandonar la ciudad y pasarla á otra parte, lo cual halló la natural oposición que en sí llevan tamañas empresas.

»Pero se determinó que la Audiencia y ciudad, acompañada de los mejores arquitectos, fueran á Huchuetoca y vieran cuánto tiempo sería necesario para acabar la obra del desagüe, y mandaran aprontar para ello 200.000 pesos.

»Los informes llegados á Madrid acerca de esta inundación fueron tales que Felipe IV, convencido por ellos que habían sido

inútiles todos los gastos hechos para contenerlas, y que asimismo lo serían los sucesivos, libró cédula para que se pasara la ciudad entre Tacuba y Tacubaya, si es que se tenía esto por mejor en junta general tenida en presencia de todos los gremios.

»El resultado fué el que debía esperarse, prevaleciendo el parecer de que con cuatro millones de pesos se remediaría el daño en lo futuro, y que el presente costaba cincuenta, valor aproximado de las fincas urbanas que se perdían. Con esto tomó incremento el desagüe.

»La inundación de 1645 hizo ver cuán previsor había sido ocho años antes el Marqués de Cadereita mandando alzar nuevos diques, y que el cauce del desagüe quedara al descubierto. Por espacio de media legua iba el canal todo hecho con piedra viva, y así los maestros juzgaron por suficiente abrir á trechos lumbreras.

»Pero habiendo sido muy copiosas las lluvias del estío y las del principio del otoño, al salir de madre el Alcahuacan, arrastró tanta piedra y arena, que atrapándose el conducto retrocedieron sobre la laguna de Tzumpango, y de éstas pasaron á la de Méjico, causando algunos daños en la ciudad.

»En 1664 era Superintendente del des-

agüe el Oidor D. Antonio Lara Mogrovejo, en cuyo tiempo se seguía valientemente la obra, para la que el Ayuntamiento daba 100.000 pesos anuales. El tiempo en que más se adelantaba era el de las aguas, pues las avenidas se llevaban las piedras y tierra que caían en el conducto.

»El religioso franciscano Fray Manuel Cabrera, Superintendente á lo que parece de la obra del desagüe en 1671, fué honoríficamente saludado en nombre de la Reina Gobernadora por la economía con que administraba [manos muertas] los fondos de la ciudad destinados á la obra en la que intervenía además como versado arquitecto y buen lenguaraz en el idioma de los trabajadores.

»El Arzobispo D. Fr. Payo Enríquez de Rivera, de los Duques de Alcalá, tomó el mando del virreinato en 1673, y quitó la superintendencia del desagüe al P. Cabrera, poniendo en su lugar al Oidor D. Lope de Sierra, el cual á pocos meses de entender en la obra avisó al Virrey que estaba terminada.»

Gran admiración y no pocas murmuraciones causó en la ciudad noticia tan estu-penda; no podía la gente persuadirse que una empresa que necesitaba un siglo, y para cuya terminación hacía seis meses faltaba mucho, se pudiera terminar en tan poco

tiempo. Fray Manuel de Cabrera pidió á la Audiencia ser oído, y ante ella dijo en substancia, «que no dieran por terminada la obra, pues los grandes trabajos no podían hacerse en poco tiempo; que se había llegado á un puesto en que se precipitaban las piedras, leñas y cuanto las avenidas arrastran, y que si para dar salida á todo esto no se ensanchaba el conducto, vendría á atramparse; que si llegaba esto á hacerse se podría cesar en el trabajo. Pero que si se paraba la obra entonces, se duplicarían luego los gastos, y dentro de pocos años ¿qué sumas no serían necesarias para desatascar el desagüe? Y si su conducto es tan estrecho que no puede contener toda el agua que traen las avenidas, ¿cómo, pues, abarcará las piedras, arena y maderos que éstas arrastran? Siendo esto constante, ¿para qué son estas prisas? ¿Se permitirá que con vergüenza de esta ciudad se borre de la memoria la mayor obra y monumento de la grandeza mejicana? Continúese por treinta ó más años á descubrir el conducto, y entonces sí.»

Fueron desatendidas estas razones y prevaleció el voto del Oidor. Hubo repique general de campanas, y se cantó en la Catedral un solemne Tedéum con asistencia de los Tribunales.

En 1744 el Conde de Fuenclara comisionó al corregidor diputado de arquerías para que hiciera restaurar los arcos que conducen el agua á la ciudad, obra en que se consumieron grandes caudales, y que en pocos años se acabó, comenzando desde Chapultepec hasta la caja del agua.

Gobernando el virreinato el Sr. Buccareli se concluyó el bello acueducto de Chapultepec que termina en la plazuela que llaman el Salto del Agua y que provee gran parte de Méjico de agua gorda. Se formó sobre las ruinas del antiguo que usaron los mejicanos y niveló el Rey de Tezcuco Netzahualcoyotl.

La gran actividad que en 1803 mostró el virrey Iturrigaray en la famosa obra del desagüe, libró á Méjico en 1805 de una de esas catástrofes que acongojan á los pueblos. Depuso de la superintendencia al Oidor Mier, visitaba la obra con frecuencia y aun tomaba la azada y trabajaba como un peón cualquiera en los sitios de más peligro.

Es incalculable lo que hay escrito acerca de esta famosa obra del desagüe real de Huehuetoca, la cual tanto enaltece la dominación española en el mundo de Colón. Parte de ello se indica en las notas del citado libro del Sr. Fernández Guerra y Orbe, y no sin

provecho puede verse en la Biblioteca Nacional, lo que acerca de esta obra verdaderamente de Romanos dejó escrito el Marqués de Montesclaros que tanta parte tomó en ella como Virrey de Méjico.

Ahora sigamos con nuestra interrumpida materia acerca de la comunicación interoceánica por otros puntos distintos de Nicaragua y Panamá; pero recordemos antes otra obra hidráulica empezada y muy adelantada por los incas y propuesta por los españoles para su terminación antes de acabarse el siglo XVI.

En la carta que el Factor de Potosí, Juan Lozano Machuca, escribió al Virrey del Perú á 8 de Noviembre de 1581 describiendo la provincia de los Lipes, dice: «Asimismo en el término y contorno de Tarapacá, que desde el puerto de *Pisagua é Hiqueique*, donde hay indios *uros* pescadores, hasta el puerto de *Loa*, hay muchas minas de plata y oro... y otros metales. Y el inga pretendió echar el río de *Mauri*, que es en la cordillera, al valle del *Algarrobal*, que, junto á *Tarapacá*, y cinco leguas del cerro que llaman *Asino*, donde labró el inga y Lucas Martín Begaso, y Pedro Sande ha labrado y vístolo por vista de ojos; y este río intentó el inga echallo al *Algarrobal* dicho, y para ello rompió sie-

te leguas de tierra, y lo dejó como entraron los españoles en la tierra, y faltará por romper un cuarto de legua de la cordillera, que se podrá romper y abrir con costa de seis mil pesos ensayados, y sería de muy gran efecto echar este río para cultivar las minas, porque son muy ricas y es tierra fértil y abundante de comida; y si se echase este río se podrían poblar dos ó tres pueblos españoles y reducir los indios de aquel distrito, etcétera.»

De otros proyectos que hubo para la unión de ambos Océanos, y cómo la consiguió un fraile en 1788.

MENOS célebres y numerosos han sido los proyectos ideados para cortar el gran istmo de Tehuantepec, que los excitados para juntar en uno los dos grandes Océanos que bañan la América, sirviéndose de los lagos y ríos de Nicaragua. No han de quedar aquéllos olvidados ni otros por el estilo, aunque de menos renombre, pues todos contribuyen á poner de resalto el cuidado que nuestros mayores pusieron en la comunicación interoceánica tan estudiada de treinta años á esta parte.

Acerca del istmo de Tehuantepec, conoz-